

CONTENIDOS

PREÁMBULO
(Magdalena Cueto)

BELARMINO Y APOLONIO

ASPECTOS PSICOPATOLÓGICOS DE TIGRE JUAN

JONÁS
*(Martínez Cachero, Zamora Vicente,
Darío Villanueva, J. L. Suárez Granda)*

APUNTES PARA UN ANALISIS
DEL MITO DE JONAS
(Ramón Sarró)

OTROS ESCRITOS
Naturaleza humana y trascendencia,
Los difusos márgenes de la Neurociencia



© José Luis Mediavilla Ruiz

Edición: HiFer Editor

Impresión: HiFer Artes Gráficas - www.hifer.com

Fotografía de contraportada: de derecha a izquierda Pérez de Ayala, Ortega y Gasset, Marañón y Antonio Machado

ISBN: 978-84-18289-22-4

Dep. Legal: AS - 00663 - 2020

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

*Lo recuerdo... Un pintor me lo retrata,
no en el lino, en el tiempo. Rostro enjuto,
sobre el rojo manchón de la corbata,
bajo el amplio sombrero; resolutivo*

*el ademán, y el gesto petulante
—un si es no es— de mayorazgo en corte;
de bachelor en Oxford, o estudiante
en Salamanca, señoril el porte.*

*Gran poeta, el pacífico sendero
cantó que lleva a la asturiana aldea;
el mar polisonoro y sol de Homero*

*le dieron ancho ritmo, clara idea;
su innúmero camino el mar ibero,
su propio navegar, propia Odisea.*

ANTONIO MACHADO

PREÁMBULO

EN ESTE *Homenaje a Ramón Pérez de Ayala*, el eminente psiquiatra asturiano José Luis Mediavilla, uno de esos humanistas que ha sabido llevar al hacer clínico su finura intelectual y su amplia cultura, nos ofrece una excelente muestra de algunas de sus aportaciones al campo de los estudios literarios sobre la obra ayalina, a la que se aproxima desde una novedosa y enriquecedora perspectiva psicopatológica. El volumen se completa con una nueva edición de *Jonás*, la novela con la que Mediavilla obtuvo muy merecidamente el prestigioso premio *Tigre Juan* en 1978, y con dos lúcidos ensayos en los que aborda, respectivamente, la espinosa cuestión de la trascendencia como manifestación de la naturaleza humana, y las limitaciones de la neurociencia en la práctica psiquiátrica, cuyo objetivo terapéutico idiográfico, el diagnóstico, alivio e integración social del enfermo, excede las pretensiones nomotéticas de un saber que no puede suplantar la tarea del psiquiatra.

En Belarmino, de Pérez de Ayala, Mediavilla examina las transformaciones lingüísticas que caracterizan el discurso de este zapatero y sus similitudes con las formas incipientes de esquizofrenia, en las que el enfermo atribuye a las palabras significados inusuales, dando lugar a toda una serie de anomalías semánticas que son, como el autor subraya, una consecuencia psicopatológica más de la alienación inherente a los trastornos psicóticos. La creatividad lingüística de Belarmino Pinto, que necesita adecuar el lenguaje a la esencia de las cosas, invita a

reflexionar sobre las distintas teorías propuestas a lo largo de la historia para explicar la génesis de la literatura, desde el poeta *extático* de Demócrito y el *furor* que Platón asocia a la *anamnesis* o reminiscencia de la Idea, a la desautomatización o extrañamiento formalista, pero, nos recuerda Mediavilla, no se trata de un proceso lúdico similar al de la creación literaria: la productividad lingüística del buen zapatero lo incomunica y aísla cada vez más de los suyos, genera la incomprensión de sus vecinos, aunque reaccionen de manera diferente ante su locura, y sugiere el sufrimiento inherente a la enajenación del personaje. La opacidad del discurso de Belarmino se torna literariamente improductiva, porque nada comunica, nada revela más allá del propio mundo que aprisiona al zapatero. Esta excepcional novela de Pérez de Ayala, que con tanta lucidez plantea la labilidad de los límites entre el lenguaje literario y las recreaciones lingüísticas psicóticas, es también, subraya Mediavilla, una aguda reflexión sobre los aspectos sociológicos de la locura y sobre el papel del psicoterapeuta, representado en la atenta y respetuosa escucha de Froilán Escobar, el único personaje que trata de asignar sentido a las incongruencias verbales del inolvidable Belarmino.

El riguroso y sugerente análisis de los aspectos psicopatológicos de la personalidad de Tigre Juan, el protagonista de *Tigre Juan y El curandero de su honra*, es una muestra elocuente de la rentabilidad y pertinencia metodológica de la Psicocrítica en los estudios literarios. Mediavilla se aproxima a la novela de Pérez de Ayala desde las teorías de C.G. Jung, en particular las que elaboró en sus trabajos sobre *Psicología y alquimia* y en sus investi-

gaciones sobre la *individuación* y la *transferencia*, en las que, anota Mediavilla, se hallan las claves para interpretar el proceso de desvelamiento y transformación del personaje. Este proceso de reconocimiento de *sí mismo*, instancia que en la teoría de Jung excede al yo, se produce ante la presencia atenta de doña Iluminada que, desde el fondo de su tienda, tras el mostrador, observa, escucha, espera y, cuando procede, habla: Tigre Juan y doña Iluminada, nos enseña el doctor José Luis Mediavilla, se han convertido en paciente y psicoterapeuta del análisis que, en un espacio semiotizado como gabinete psicológico, hace posible la transferencia e individuación del protagonista.

Me ha parecido especialmente reveladora la minuciosa correspondencia que Mediavilla establece entre la serie de imágenes del *Rosarium Philosophorum*, en la que Jung fundamenta la representación de los fenómenos de la transferencia, y el itinerario que Pérez de Ayala describe en la trayectoria ascendente que conduce a la transformación interna de Tigre Juan: desde la Fuente de Mercurio, símbolo por antonomasia de la actividad inconsciente, representada en la obra por la fuente de la plaza de El Fontán, Mediavilla examina con rigurosa atención los sucesivos peldaños que conducen al renacimiento del protagonista, a su renovación, vivida —o manifestada— como una experiencia religiosa. Acaso, nos invita a pensar Mediavilla, haya que revisar la psicogénesis de la divinidad —y de sus diferentes formas históricas— a partir de la teoría junguiana del inconsciente colectivo, que en nada es ajeno a la propia constitución cultural, semiótica, inherente al ser humano desde su ingreso en una colectividad organizada. Porque, como reza el Texto Sagrado, *En el*

principio era el Verbo, el signo, a partir del que se encarnan las creencias, valores e ideas que, en cada comunidad y en cada momento histórico, se manifiestan tan diversas como universales.

También hallará aquí el lector una nueva y oportuna edición de *Jonás*, bellamente ilustrada por Jaime Herrero. Nada puedo yo añadir a las inteligentes observaciones que los profesores Martínez Cachero, Alonso Zamora Vicente, Darío Villanueva y J. L. Suárez Granda han hecho sobre la galardonada novela del autor, una novela que, cuarenta y dos años después de su aparición, sigue manteniendo plena actualidad y vigencia. Sin duda porque, como sugieren los esclarecedores *Apuntes para un análisis del mito de Jonás* de Ramón Sarró que acompañan el texto de Mediavilla, la novela particulariza en su protagonista algo que a todos concierne, como sucede en el *Ulises* de Joyce o en *La metamorfosis* de Kafka.

Magdalena Cueto

BELARMINO, DE PÉREZ DE AYALA

LA INTERPRETACIÓN psicopatológica de un personaje literario no es una tarea nueva. Incluso, en Psicopatología se recurre en ocasiones a designar un síndrome con el nombre de un personaje novelesco dotado de acentuados perfiles característicos.

Pero la existencia de estas afinidades no debe ser hecha sin tener en cuenta las grandes diferencias que separa el hecho literario del psicopatológico. Una historia clínica en psiquiatría puede parecer una novela, pero seguramente, desde el punto de vista psiquiátrico, lo que tiene de novela es lo menos pertinente y lo que ofrece menor interés. La literatura, es cierto, está llena de seres atormentados, deprimidos, angustiados, neuróticos, pero solamente algunos, y con grandes reservas, pueden entrar dentro del diagnóstico de locos.

Por todo esto, uno de los personajes que, desde el principio de tomar contacto con él, me llamó poderosamente la atención fue el de Belarmino, el zapatero de portal que Ramón Pérez de Ayala describió en su novela *Belarmino y Apolonio*, porque en él se daban una serie

de manifestaciones que parecían bordear reiteradamente lo psicopatológico trascendiendo lo literario.

Antes de adentrarnos por esta arriesgada hipótesis creo que conviene que situemos la novela, en especial su personaje Belarmino, dentro de sus más genuinos antecedentes y para ello nada mejor que recurrir a algunas de las muchas y valiosas aportaciones realizadas por sus críticos.

Cuando Ramón Pérez de Ayala publicó su *Belarmino y Apolonio*, habían transcurrido cinco años de productivo silencio desde la aparición de sus anteriores tres novelas poemáticas de la vida española. Cumplía entonces el escritor ovetense cuarenta años; diríase, por tanto, que con *Belarmino y Apolonio* inauguraba su madurez intelectual.

Esta novela, singular por muchos conceptos, ha tenido y sigue teniendo numerosos comentaristas. Andrés Amorós, que conoce muy por lo menudo la vida y obra de Pérez de Ayala, ha realizado una edición de *Belarmino* con una introducción en la que no faltan ni sus agudas observaciones habituales, ni su densa erudición. De dicha introducción quiero resaltar, como punto de partida, algunas de sus consideraciones.

El impacto que *Belarmino y Apolonio* desencadenó en los críticos de su época podemos verlo reflejado en las reflexiones de Jean Cassou (“Después del Quijote –nos dice– *Belarmino y Apolonio* es uno de los grandes libros españoles”); de Francisco Agustín (para el que la novela a la que venimos haciendo referencia “constituye la obra contemporánea de nuestra literatura capaz de ejercer mayor influjo intelectual y artístico en sus deleitados lectores”); de Guillermo de Torre (el cual, aludiendo a Pérez

de Ayala, reconoce sin reparos que aquí, indudablemente, nos encontramos ante su obra de plenitud, la más rica de humanidad y más saturada de intención intelectual: aquélla en que uno y otro factor se ensamblan armoniosamente”); y, por fin, de la escritora asturiana Sara Suárez (quien afirma que en *Belarmino y Apolonio* se encuentra... “la simiente esencial de este escritor, donde se concitan sus más hondos y obsesivos temas, donde ha vertido sus más entrañables preocupaciones, y donde nos ha entregado en una narración exquisita el núcleo de su rica personalidad”).

Hay una cuestión de la que los críticos suelen hacer motivo preferente de sus indagaciones, y es la base histórica en la que Pérez de Ayala pudo haberse apoyado para llevar a cabo la construcción de su obra, especialmente sus personajes, ¿Son Belarmino y Apolonio seres entresacados de la cotidiana realidad ovetense, y hasta qué punto lo son? ¿Qué carga de fabulación puso su autor en ellos? Así, volviendo a Amorós, nos dice taxativamente que Belarmino y Apolonio tuvieron un fundamento histórico y que la novela está enraizada en Oviedo, en unos lugares y una época concreta. Además, en una entrevista con Juan Antonio Cabezas, el propio Pérez de Ayala confesó que “los personajes que tuvieron una pequeña parte de realidad son el zapatero de portal Belarmino que, con otro nombre y otras palabras, naturalmente, hablaba de un «círculo en cuadrado» y llamaba «cosmos» al diccionario porque en él están todas las cosas, y también su contrincante Apolonio, zapatero con tienda en la calle Magdalena, donde confeccionaba botas finas para las gentes pudientes de Oviedo”. Con

mayor rotundidad aún, Juan Mañach concluye: “Sí, los dos tipos son completamente históricos: vivieron en Oviedo”.

Amorós pretende, incluso, llegar a una demostración documental de la realidad histórica de los personajes, y nos explica cómo Pérez de Ayala acostumbraba a tomar notas en muchos cuadernos que tantas veces quedaban incompletos; pues bien, él, que ha tenido acceso a la amplia documentación inédita de nuestro autor, pudo encontrar en uno de esos cuadernos manuscritos, la siguiente anotación:

Severino Camporro = Belarmino
Rubiera = Apolonio

También, y para concluir esta serie testimonial, Carlos Clavería menciona una carta de Pérez de Ayala a una estudiante norteamericana en la que precisa que Belarmino es el zapatero Severino Camporro.

Si nos detenemos en estos detalles lo hacemos porque más adelante, al exponer las señas de identidad de Belarmino y adentrarnos en sus aspectos psicopatológicos, vamos a encontrarnos con un hecho notable: que el análisis del discurso belarminiano nos encamina a la sospecha de que Belarmino pudo ser, en efecto, la versión literaria de Severino Camporro, un personaje histórico, ya que gran parte de sus contenidos mentales, por su estructura y su sistematización, nos remiten a una metafísica que se asemeja a la de nuestros parafrénicos. Esta similitud nos llevaría a plantear la posibilidad de que, bajo la poderosa fabulación novelística de Pérez de Ayala,

se trasmudara el contenido de las notas y apuntes que, quizás, el mismo Pérez de Ayala tomara de Severino Camporro para dar vida a nuestro Belarmino. Quiero decir que, de ser así, habría que pensar que Pérez de Ayala “literaturizó” a Severino Camporro desdibujando con ello sus síntomas (que hubieran requerido una descripción psicopatológica de contenidos seguramente primarios, de índole persecutoria) y rescatando en Belarmino el personaje ya novelesco, dotado de una trama y una temporalidad.

Por esto vamos a ceñirnos a nuestro personaje y vamos a hacerlo soslayando cuestiones tales como las estrictamente literarias, estilísticas e incluso lingüísticas, de las que ya se han ocupado detenidamente autores de reconocido prestigio. Y vamos a hacerlo centrando nuestra atención en las características que nos ofrece Belarmino Pinto, y por las que parece traslucirse la psicopatología de aquel Severino Camporro vencido ya por el tiempo.

“Tenía (Belarmino) el rostro enjuto, estático, de infantil dulcedumbre, estrecho en la mandíbula, elevado y espacioso en la frente; los ojos negros, húmedos y llameantes” –nos cuenta Pérez de Ayala–. La primera aparición que de él nos hace su autor la enmarca en el Círculo Republicano de Pilares, el cual “componíase de un aposento nada holgado, con dos litografías por toda decoración, y seis sillas y una mesa por todo ajuar”. Allí Belarmino se dirige a su escaso auditorio con estas palabras:

“–¿Qué es la República? Un mare mágnum, el ecuménico de los beligerantes, el leal de la romana de Sas-

trea. Pero, sobre todo, abundo en el ecuménico. Y si no, aquí estamos entre cuatro paredes...”

Cuando el sastre Carmelo Balmisa, sintiéndose aludido, le exige que le aclare lo que ha pretendido decir, que le “interprete la frasecilla completa, por si el concepto es ofensivo”, Belarmino responde: “¡Oh, celebro vulgar! Tendré que explicarme con palabras vulgares para que te penetres. Mare mágnum, ello mismo lo dice, es el nom plus ultra, lo mejor de lo mejor. Ecuménico es lo mismo que reunión de conformidad. Los beligerantes, los que están en contra. Leal, monta tanto como fiel. La romana es para pesar. Sastrea, lo sabe cualquiera, es la señora que está pintada en la Audiencia”. “Ahora explícanos lo de las cuatro paredes”, volvieron a insistirle. “Eso es el ecuménico” –aclara de nuevo Belarmino–. “¿En dónde estamos? En una habitación. ¿Qué es la habitación? Un cuadrado. ¿Y qué es este cuadrado? Un círculo: el círculo republicano. La cuadratura del círculo. Por eso la República es el ecuménico”. Y más adelante, declara: “... nosotros estamos suscritos en este cuadrado... Somos círculos que estamos suscritos en un cuadrado... Cada hombre es el centro de un círculo infinito, como dijo Pascual”.

Lingüísticamente Belarmino se sirve de figuras por medio de las cuales hace que una palabra tome un nuevo significado o crea neologismos.

Algo similar acontece en la esquizofrenia, especialmente en las formas incipientes. Con la eclosión del mundo vivencial psicótico el entorno se carga de significaciones generadas por la propia productividad del enfermo, aunque éste las vive como algo que le es impuesto

desde fuera, para someterlo a prueba o como simple demostración de sus nuevos atributos soteriológicos. Los signos, en consecuencia, dejan de ser arbitrarios para ser transformados en símbolos cuya valencia marcha y vuelve como “boomerang” al propio enfermo, ajeno a la comunidad. También esta transformación alcanza al lenguaje, dando lugar a la aparición de tropos o desviaciones selectivas (metáforas, metonimias, sinestesias) o neologismos. Estas anomalías semánticas, en especial los neologismos, son una consecuencia psicopatológica más de la transformación psicótica (de dentro a fuera) que viene a reemplazar el mundo de las relaciones, pero ya con contenidos míticos orientados a la configuración de una neo-metafísica, o si se prefiere a una metafísica parafrénica.

Sarró ha descrito las características de los neologismos propiamente psicóticos, las cuales pueden concretarse en las siguientes:

- 1) Sustituyen el significado colectivo por el egocéntrico.

- 2) Sustituyen el pensamiento abstracto por el concreto.

- 3) Constituyen una defensa mágica contra las persecuciones.

- 4) La imagen óptica de las letras es sometida a los mismos principios interpretativos.

- 5) La tendencia neologística es holista (los semantemas se generan por un mecanismo análogo a las formaciones delirantes. Los neologismos son un aspecto parcial de la metamorfosis mítica de la realidad).

Volvamos a nuestro personaje. Cuando Belarmino Pinto atribuye significados no usuales a las palabras no lo

hace caprichosamente, sino llevado de la fuerza de la iluminación y el descubrimiento, espina dorsal de todo proceso creativo. Y su hallazgo, una vez verificado, esto es, una vez que la palabra viene gestada por el nuevo concepto o bien el concepto ha sido adoptado por otra palabra a la que en la lengua no le correspondería (fenómeno al que Belarmino denomina zapaterilmente como “enanchar” las palabras, es decir, ensancharlas, meterlas en la horma para poder darles un nuevo significado más espacioso y conveniente), desde ese mismo momento el sentido ya recién estrenado se hace ya para siempre unívoco e inamovible. Pero el descubrimiento no es un acto gratuito, sino el eslabón final de un complejo mecanismo en el que, al concluirlo, cada pieza debe encajarse en su sitio. Hay pasajes suficientes a lo largo de la novela que nos ilustran acerca de la delicada y escrupulosa exactitud de este proceso. Cuando, por ejemplo, el señor Colignon pregunta a Belarmino, ¿por qué es que tú llamas tu zapatería “El Nenrod boscoso y equitativo” y metes que es bilateral?, éste le explica sin titubeos: “Ahora usted se penetrará. El Nenrod: éste es nombre propio y no se puede enanchar. Boscoso: adula, o como otros lugares dicen, alude a boscan, que es una piel, al bosque o monte, porque hago botas de monte, y al oso, porque se engrasa el material como unto de oso. Equitativo, porque hago botas de montar, o sea de equitación; porque están hechas sobre seguro, como en la Equitativa, y porque la ciencia zapateresca ignora las cláusulas políticas, y así manufactura un escaupín para la Reina de Escocia, como un zueco ferrado para el sacamantecas, o un zapato de hebilla para el camarlengo; total, equis”.

Ya hemos hecho anteriormente referencia a que también dentro del delirio pueden enmarcarse y producirse desviaciones semánticas, del mismo modo que aparecen las unidades mitologemáticas descritas por Sarró; es decir, como parte de un todo, como una consecuencia de la profunda transformación psicótica que orienta al individuo en última instancia a una neoconfiguración metafísica.

También en este sentido nuestro Belarmino Pinto alberga una vocación metafísica irrenunciable: sus expresiones lingüísticas son movidas por una urgente necesidad interna de cambiar el mundo según su nueva concepción del mismo (“Yo no soy todavía del todo filósofo; pero cada día lo soy más... Entre que soy o no, me aplaco haciendo hormas para varios pies y enanchando palabras para varias cosas, cuantas más mejor”). Renovación del universo que Belarmino se siente llamado a realizar.

Pérez de Ayala, de vez en cuando, se asoma a Belarmino dándonos una interpretación psicológica del personaje centrando ésta en una descripción fenomenológica de las metáforas, los neologismos, las sinestesias. De haber existido Severino Camporro, se nos antoja que sus vicisitudes mentales y emocionales, el nudo gordiano de su psicopatología habría sido seguramente más trágico. Incluso en el mismo personaje de Belarmino su virtuosismo lingüístico no parece agotarse en un simple juego: porque Belarmino, en realidad, no juega ni se entretiene con el diccionario buscando palabras más o menos extrañas o sonoras por el simple gozo de encontrarlas y trasmutarlas en un malabarismo asociacionista, no; su

ejercicio no se agota en algo que podría tener un marcado parentesco con la rutina surrealista. Si así fuera, lo suyo nunca sería vivido sino como algo lúdico, nunca como un acto arriesgado, trascendente e incluso doloroso. Y Belarmino vive no sólo su papel de reformador e inventor del lenguaje, sino que sufre el apartamiento de los demás y, sobre todo –lo que más teme–, de su pequeña hija querida, a la que recogió “apenas nacida y la crió él mismo con el biberón”. “Puede llegar un momento –reflexiona Belarmino con pesadumbre– en que no pueda hablar con mi hija, porque no la entienda ni me entienda y hasta me tome por loco” y el corazón se le quedaba en suspenso.

Así, el novelista, como decimos, pensando por Belarmino, expone los procedimientos fantásticos y filológicos de su discurso: “En el cosmos –es decir, en el diccionario– están todos los nombres de todas las cosas, pero están mal aplicados, porque están aplicados según costumbre mecánica y en forma que, lejos de provocar un acto de conocimiento y de creación, favorecen la rutina, la ignorancia, la estupidez, la charlatanería gárrula y el discurso vulgar, vacío y memorista. Están los nombres en el cosmos –es decir, en el diccionario– como aves en jaula, o como vivos narcotizados y escondidos en sepulcro con siete sellos. Belarmino hallaba una manera de placer místico, un modo de comunicación directa con lo absoluto e íntima percepción de la esencia de las cosas cuando rompía los sellos sepulcrales para que se alzaran los vivos enterrados, y abría las jaulas para que las aves saliesen volando. Leía las palabras del cosmos –es decir, del diccionario– evitando, con el mayor escrúpulo, que

rozasen sus ojos la definición de que iban acompañados. Leía una; en rigor, no es que la leyese, la veía materialmente, escapándose de los pajizos folios, caminar sobre el pavimento o volar en el aire, o diluirse nebulosamente en el techo. Unas veces eran seres; otras conceptos e ideas; otras sensaciones de los sentidos; otras delicadas emociones”.

El caso de Belarmino guarda ciertas semejanzas con el que fue objeto de la tesis del profesor Sarró de 1932 y que presenta en su Monografía de 1972 con el número 110. Este paciente había emprendido una reforma del lenguaje en su totalidad. No se limitaba a rectificar algunas palabras, sino que su disconformidad con el lenguaje le impulsó a la “reforma entera del diccionario”. En la publicación a la que hemos hecho referencia se registran las nuevas palabras y las explicaciones que de ellas daba el paciente justificando su transformación. Citaremos tan sólo algunas de ellas:

- MOVIER = Máquina. La sílaba MO deriva de mueble (moble). La máquina es un bien mueble; vier deriva de vía, progreso El conjunto indica mueble en movimiento o lo que produce.
- PROFESDER = Profesor. Porque la partícula der une más; or, es más universal. Por otra parte, der es “creativa”, mientras que or es “privativa”.
- URIOS = Asia. Porque la unión con Europa se verifica mediante los Urales. La terminación ríos se refiere a los caudalosos ríos de Asia.
- VERTEBRUM = Arrendamiento. Deriva de vértebra porque da “arquitectura y es el eje jurídico de una serie interminable de relaciones y principios

cardinales”. EBRUM se refiere a Ebro, a cuya orilla nació el paciente.

- GERTENSE = Alemán. Deriva de Germania, que a su vez deriva de geo, tierra y de man, varón tanto en alemán como en inglés. En el nuevo término ten alude a diez en inglés. Ten es el denominador más genérico del sistema métrico. Participa en teneduría, tense, alude a utilidad manual.

En ambos casos la relación entre el significante y el significado pasa a establecerse rompiendo a arbitrariedad de la palabra y dotándolo de una relación analógica o intrínseca, esto es simbólica.

Hasta qué extremo la psicosis induce a una recreación del lenguaje, podemos constatarla también en un enfermo publicado por J. Stuchlik. Dicho paciente, desde su infancia, manifestó un talento lingüístico excepcional; durante sus estudios secundarios dominó perfectamente el latín, el alemán, el inglés, el francés y casi todos los idiomas eslavos. Más tarde aprendió perfectamente el japonés. Tenía grandes conocimientos de los idiomas exóticos del Oriente Próximo y del chino.

Con la irrupción de la psicosis aflora el delirio: se considera habitante de un satélite llamado “Astrón”. Astrón es el doble del “biplaneta Tierra”. Su mujer se llama Dajoranié Sedenó, procede del planeta Thesis o Astrón y le ha enseñado la lengua “ishi”. El enfermo desarrolla su construcción imaginaria hasta detalles realmente sorprendentes. Dibuja toda una serie de mapas de Astrón y escribe la historia de sus distintos pueblos. Para cada uno de estos pueblos crea su propia lengua y escritura, denominándolas el stehur, el barmun, el kimbel, el kvod, el

wulfram, el rifirifi, etc. En total crea 16 lenguas artificiales, algunas de ellas con una gramática y con un vocabulario que en cada idioma contiene hasta 10.000 expresiones. Describe las tragedias cósmicas acaecidas sobre el planeta Astrón y sus pueblos. El idioma ishi, que le ha enseñado su mujer ficticia, constituye para él un “lenguaje consolador”. Traduce a la lengua “ishí” numerosos libros, escribe en ishi sus propias novelas y sus libros de viajes, crea un diccionario japonés -ishí, un diccionario japonés-stehur y japonés-barmun. En sus idiomas y escrituras artificiales se refleja un conocimiento extraordinario de lenguas extranjeras; sus neologismos gráficos se basan en diferentes sistemas de escritura (el griego, el jeroglífico, el oriental, etc.) y en los símbolos matemáticos.

Tras la lectura de estos dos últimos casos extraídos de la clínica difícilmente podemos, como psicopatólogos, prestar atención al deterioro o al defecto en detrimento del fenómeno evidente de la productividad.

Todo esto nos sugiere también, en efecto, la vida y los discursos de nuestro Belarmino, hasta el punto de que esta novela de Pérez de Ayala que comentamos ofrece también otros aspectos que hace de ella un verdadero estudio precursor de los que después se han venido realizando en torno a los aspectos sociológicos de la locura.

Belarmino con su léxico peculiar, con su lenguaje alterado en sus significaciones resulta ajeno, enajenado a sus oyentes. La incomprensión cerca y sitia a Belarmino. Y este zapatero de portal, ensimismado y dulce, de lenguaje incoherente y arrebatos republicanos, es una per-

manente interrogante para aquellos habitantes de Pilares con los que convive.

Cuenta Pérez de Ayala que “muy pronto se establecieron diferentes sectas: belarminianos y antibelarminianos; entre los belarminianos había disidencias: unos sostenían que Belarmino estaba loco y otros que cuerdo: los partidarios de la cordura divergían en estimar si el lenguaje belarminiano era o no descifrable; por último, los que se inclinaban por la presunta inteligibilidad de los discursos de Belarmino al menos como extravagante, aunque los más la incluían como propia de locura: “En los periódicos se habían publicado artículos acerca de él; unos en burla, otros en serio, sosteniendo la tesis de que constituía un fenómeno mental, un caso de estudio, invitando al director del Hospital-manicomio a que hiciese con él una experiencia científica, proponiendo que, cuando muriese, no se le enterrase sin antes haberle sacado el cerebro, a fin de analizarlo”.

De una forma u otra la idea de que Belarmino estaba loco era general en Pilares. La actitud de los más cercanos a él no distaba apenas de la que comúnmente suele adoptarse ante la locura. En este sentido hay un pasaje revelador. Cuando don Restituto y doña Basilisa, señores de Neira, protectores en la ruina de Belarmino, muestran su inquietud y sus reparos ante el padre Alesón por la conducta de aquél (“Padre Alesón –dijo don Restituto– ese Belarmino me trae..., nos trae muy preocupados, ¿verdad, Basilisa? No oye misa, y eso que ningún trabajo le costaba, puesto que podría oírla sin salir de casa, ¿no será un hipócrita? ¿No continuará tan apóstata como antes?, ¿salvará su alma?”. El padre Alesón contesta ta-

jantemente: “Mi señora emperatriz y mi señor don Restituto, ¿les merece confianza mi dictamen? ¿Sí? Pues helo aquí por lo sucinto: Belarmino carece de alma racional”. “¿Quiere usted decir que es una bestia, un hombre peligroso?”, preguntó don Restituto alarmado. “Más bien un niño” (puntualiza el padre Alesón). “Posee, evidentemente, un alma racional que no es racional, ¿he desnudado mi pensamiento? Su alma se halla todavía en el período infantil, o de idiotez, si ustedes quieren. No piensa, no discurre, sino de una manera torpe y rudimentaria. Como está bautizado, cuando muera se salvará. Si no estuviera bautizado se iría al limbo de los niños (...) Belarmino cuando andaba suelto era un hombre de cuidado, porque de cuando en cuando le atacaban ramalazos de locura y la locura es contagiosa (...) Este frenesí ya se le pasó gracias a la caridad de ustedes. ¿Qué más podemos desear? El Belarmino terrible ha dejado de existir. Queda el otro Belarmino: el dulce, el idiota, el maniático”.

Sí, Belarmino para los habitantes de Pilares es un loco y cada cual reacciona de manera distinta ante su propia psicofobia. A lo largo de la novela, tenemos ocasión de ver una rica variación de respuestas: afectuosas, caritativas, sarcásticas, agresivas, fraternas, admiradoras, dolorosas, jocosas. Allí están la agresividad mostrenca de Xuantipa, su mujer; el sarcasmo y la mofa del sastre Balmisa y los contertulios del círculo republicano, la benevolencia caritativa del padre Alesón, la alegría jocosa y bien intencionada de Colignon, la curiosidad admirativa de Froilán Escobar, alias El Estudiantón, “aligator”, personaje singular y vegetariano, que tuvo entre otros exce-

sos o penurias, según se mire, el de morir de hambre hospedado en casa de un carnicero, y que, en realidad, es el único que acierta a acercarse a nuestro Belarmino por el camino más sencillo: con el respeto y el amor del que aspira, asombrado, a entender lo desconocido.

Horas y días enteros escuchando a Belarmino y registrando las significaciones del nuevo lenguaje, Froilán Escobar, sin pestañear como el aligator, llega a verificar, mediante una hermenéutica, que toda la aparente incongruencia del zapatero tiene un sentido, y así pretende demostrarlo a los demás recurriendo a una confrontación de Belarmino con su propio lenguaje para medir su reacción. Con tal motivo, le piden asista en una casa “y explique (allí), en breves palabras, su sistema filosófico (...) Convenientemente encubierto, se le colocaría al lado del fonógrafo y se impresionarían uno o dos cilindros con la disertación de Belarmino. Al cabo de un tiempo prudencial, se le diría que estaba de paso en Pilares un filósofo forastero al cual le habían invitado a dar una conferencia en el Casino, y si él, Belarmino, quería oírle, puesto que era el único filósofo de la localidad, que se colocaría en una habitación contigua al salón, detrás de los cortinajes, desde donde escuchase”. Y así fue, Belarmino acudió y habló y su discurso fue grabado en dos cilindros de fonógrafo. A las dos semanas, fue invitado a asistir a la conferencia del filósofo que visitaba Pilares. Y allí marchó el buen Belarmino y lo sentaron cerca de un cortinón de velludo. “Se va llenando el salón”, “el filósofo sube al estrado”, decían, “va a comenzar su conferencia...” Una voz metálica, ronquecina, nasal, gangosa de beodo o de fonógrafo, rompió a decir: “Está el que come ante el Dic-

cionario, en el tole, hasta el tas, tas, tas”, y más adelante prosigue: “El sapo no factura la beligerancia, la inquisición, el pongo y quito de los comensales. El sapo rocía con capullos los globos y zapadas de los comensales. El sapo prohija el tetraedro. El sapo desnuda el tetraedro”. Belarmino se oprimió las sienes con las manos, echó hacia atrás la cabeza, sacudiéndola con insensato y contenido entusiasmo y murmuró entre dientes, mordiendo las palabras: “¡Qué razón tiene! ¡Qué razón tiene!”

Vemos, pues, que Pérez de Ayala, con esta novela, no sólo rindió un caro tributo a la literatura, sino que se adelantó a realizar un análisis sociológico de “la locura” apuntando los distintos modos humanos de acercarse a ella. Belarmino es ajeno a Xuantipa, por ejemplo, y a Bellido el prestamista, y a Anselmo Novillo y a Felicita Quemada, los eternos novios, y a Balmisa el sastre y al Director y redactores de “La Aurora”, e incluso es también ajeno al Padre Alesón, que no termina de ver en él otra cosa que un ser pobre de espíritu; menos distante lo es seguramente a monsieur Colignon que, sin entenderlo del todo, se siente entusiasmado por la singularidad de su lenguaje y el esoterismo de sus cavilaciones, y deja de ser extraño a Froilán Escobar, alias El Estudiantón, en tanto con curiosidad, atención y respeto, es el único que se acerca hasta él para, con amoroso trato, hacer inteligibles la lluvia verbal de incongruencias en la que Belarmino está preso.

Belarmino y Apolonio, esta novela excepcional, resulta, además, una verdadera paráfrasis del papel del psicoterapeuta. Porque, en resumidas cuentas, dos son las condiciones que debe poseer y ejercitar éste: aprender a

escuchar con atención y paciencia y saber crear un clima de fructífera transferencia, y esto es, ni más ni menos, lo que encontramos en la vigil atención de Froilán. El Estudiantón, que, como nos aclara Pérez de Ayala, miraba sin pestañear, y en la cordial admiración de monsieur Collingnon, el cual diariamente se llegaba hasta el humilde portal de la zapatería para abrazar contra su voluminoso corpacho al manso, dulce y enjuto Belarmino.